La jaula del fénix □□

Alejandra Abraham□□

Capítulo 1

Capítulo 1

Recorro con la yema de los dedos su nombre grabado en la madera. Aún me parece escuchar su voz como si estuviera conmigo en este momento, como si nunca se hubiese ido. Había sido necesario aquello que pensábamos que era el fin del mundo para conocernos.

Observo a Kathya que mantiene una animada conversación con su muñeca de trapo. No suele alejarse demasiado de mí. Me saluda con la mano y vuelve a sumergirse en su juego. Ya no quedan tantos niños por aquí, pero creo que la humanidad todavía tiene esperanzas. Supongo que por ellos es necesario contar lo que sucedió. Nuestra historia no puede ser olvidada.

Lejos estoy de poder catalogarme como un héroe, no soy más que un superviviente. No me enorgullezco de algunos de mis actos, pero lo cierto es que hice lo que estaba a mi alcance para cuidar de Kathya. Incluso, cuando pensé que todo estaba perdido, intenté hacer lo que creía necesario para sobrevivir. Seguramente ellos también, pero no tuvieron tanta suerte.

Me siento junto a la tumba que improvisé para ella e imagino que está aquí, a mi lado. Si cierro los ojos casi me parece sentirla acurrucada en mi pecho. Podrá parecer una locura, pero evocar en mi mente a la mujer que amé y que ya no está conmigo, me ayuda a seguir adelante.

Busco fuerzas en su recuerdo para comenzar a escribir nuestra historia. No soy escritor y mucho menos historiador, pero espero poder dejar por lo menos un registro de lo que pasó, de lo que vivimos. Espero que mis palabras puedan ayudar a Kathya o a quien encuentre mis palabras a reconstruir los hechos.

No busco que sientan pena por mí. Estoy seguro de que si son supervivientes y están leyendo esto, también ustedes cargan con una historia trágica y deben haber dejado atrás a muchos seres queridos. Por el contrario, si son como Kathya, los hijos de una generación que estuvo a punto de desaparecer, entonces solo podrán aproximarse a la idea de lo que es la verdadera desolación.

Si son capaces de imaginar cómo era la vida antes de que todo comenzara, entonces tal vez puedan entender lo que significó el cambio profundo al que nos enfrentamos de un momento a otro. Mentiría si dijera que todos vivían felices y que no tenían preocupaciones, pero la mayoría de nosotros comíamos cuando teníamos hambre, teníamos medicamentos si los necesitábamos y podíamos acceder a la información que quisiéramos

y cuando quisiéramos gracias a internet y a la gran variedad de libros que había.

Capítulo 2

Capítulo 2

El final llegó demasiado rápido. Es imposible prepararse para algo así, pero hubiese deseado poder despedirme por lo menos de mis abuelos. Es inútil querer cambiar el pasado, pero ese día salí con prisa de casa y no me había sentado a desayunar con ellos como solía hacerlo. ¡Lamento tanto eso!

Me gusta imaginar que mis abuelos pudieron pasar un agradable tiempo conversando felices antes de partir. Espero que no hayan desperdiciado aquellos instantes antes del final preocupados por las nimiedades de la vida. Ojalá que se hubieran tomado de la mano y que pudiesen irse en compañía del amor que se tenían, juntos como estuvieron más de la mitad de sus vidas.

Aquella mañana en la que no me despedí de mis abuelos, iba camino a la universidad, cuando todo comenzó. Reinaba el silencio como si todas las personas del mundo contuviesen la respiración y agudizaran el oído al mismo tiempo para estar atentos al preludio de lo que sería el final de la vida tal y como la conocíamos.

Me quedé paralizado, incapaz de apartar la vista del cielo que había pasado de un celeste pálido al color del miedo. Miles de estrellas fugaces parecían herir el firmamento y dibujaban en él líneas de sangre. Una lluvia de meteoritos en plena Ciudad de Buenos Aires ya de por sí no era buen augurio, pero por desgracia se trataba de algo mucho peor. Claro que en ese momento no lo sabía y aun así el terror nubló mi mente y se apoderó de mis sentidos.

Solté un grito de desesperación cuando escuché un estruendo ensordecedor que hizo vibrar el pavimento. Miré a mi alrededor y distinguí una nube de polvo que se alzaba a unas cuadras de donde me encontraba. Ese primer impacto fue como el disparo de un cañón que marcó el comienzo de la carrera por sobrevivir.

El terror comenzó a propagarse por doquier como si se tratase de una película que hasta ese momento había estado en silencio. La gente pasaba corriendo a mi lado como si hubiera un lugar a donde escapar, como si no todo estuviese perdido. Las personas tropezaban y se empujaban intentando salir de allí lo más rápido posible.

La avenida entera se había convertido en un auténtico caos. Varios vehículos perdían el control y dejaban a su paso heridos y cristales rotos, los conductores que conservaban la conciencia abandonaban sus autos y

se unían a quienes intentábamos sobrevivir.

Quizás no era mi destino morir ese día o puede que justo me encontrara en el lugar indicado con las personas correctas, pero de alguna u otra forma, evité sufrir la misma suerte que los millones de personas que perecieron. El aire levantaba el polvo y formaba remolinos. Respirar se hacía más difícil después de cada estruendo. Con los ojos entornados y cubriéndome el rostro con la tela de la camisa para filtrar el aire, me dirigí hacia el lugar de donde provenían los gritos de auxilio.

Así conocí a Fernando, tratando de salvar a Marina que pronto se convertiría en el amor de su corta, pero significativa vida.

El auto de la joven se estaba prendiendo fuego, pero aun así me sumé a los intentos de destruir la ventanilla. Jadeando por el esfuerzo y el dolor que sentía en los nudillos miré a mi alrededor y distinguí la tapa metálica de una rueda. Me apresuré a tomarla y la utilicé para golpear el cristal hasta hacer que se resquebrajara y finalmente cediese.

—¡Ayúdenme a salir porque esto puede explotar en cualquier momento! —exigió.

Nunca me dio las gracias por haber roto la ventanilla, ni tampoco a Fernando, quien se había hecho unos profundos cortes en los brazos con los vidrios rotos para que ella pudiese escapar ilesa.

No sin cierta dificultad, conseguimos alejarnos los tres antes de que las llamas consumieran el vehículo por completo. Teníamos suerte de haber escapado sin más daño que el de algunos cortes y quemaduras superficiales.

—No sé si son las personas más valientes que conocí en mi vida o si están completamente locos. ¿Saben lo cerca que estuvieron de morir tratando de salvarme? —nos reprendió.

—¿Están bien? —preguntó Fernando y ambos asentimos con la cabeza.

—¿Alguno sabe qué está pasando? —dije con la voz áspera por el polvo que inundaba el aire.

—No tengo idea. No entiendo por qué nos atacan con misiles… y también vi algunos drones —respondió Fernando frotando sus ojos verdes que estaban enrojecidos por el humo y las partículas de polvo.

Caminamos juntos durante minutos enteros, tal vez durante horas. Estábamos igual de desorientados que todos en la calle. Fernando y Marina no eran más que dos extraños para mí, pero aquel momento que acabábamos de compartir en el auto hacía que me sintiera más cercano a

ellos que al resto de las personas a mi alrededor.

Nuestros pasos nos guiaron hasta una escalera que llevaba hacia una estación de subte. Bajamos por ella sin saber que se convertiría en nuestro refugio durante toda la noche ni que al hacerlo salvaríamos nuestras vidas.

Las luces titilaban por momentos en la estación. Había gente por todas partes, algunos estaban heridos y otros lloraban. Pude ver familias, personas solitarias y grupos pequeños de conocidos o a los que las circunstancias los había unido como en nuestro caso.

Distinguí a una hermosa mujer rubia con el rostro cubierto por las lágrimas. Un hilo de sangre bajaba por su sien. No era la única herida, pero una niña pequeña la acompañaba y verlas hizo que se me encogiera el corazón.

—No tengo señal en el celular —comentó Marina.

Aparté la vista de la mujer y su hija y revisé mi teléfono. Quería hablar con mis abuelos. Necesitaba saber si estaban bien, pero tampoco tenía señal.

—Yo dejé el mío en casa —dijo Fernando.

—¡No creo que podamos sobrevivir mucho tiempo sin nada que comer ni beber! ¿Estará muerto el presidente? —preguntó Marina y ninguno supo qué responder.

Me dieron sus nombres y yo les di el mío. Ellos tampoco tenían información, por lo que decidimos preguntarles a las personas que estaban resguardadas con nosotros en la estación.

Nadie entendía qué estaba sucediendo, pero comenzaban a gestarse unas cuantas teorías. Algunos decían que la Tierra estaba sufriendo una invasión extraterrestre. Otros aseguraban que se trataba de un ataque terrorista aunque no se ponían de acuerdo sobre qué potencia tenía la culpa y los más creyentes decían que el Día del Juicio Final había llegado.

Yo no sabía en qué creer, pero estaba claro que se trataba de algo terrible. Los temblores indicaban que los misiles seguían impactando sobre la ciudad. En ese momento solo esperaba que esa estación no se convirtiese en mi tumba.

Pensé en mis abuelos y me pregunté si los volvería a ver. Mis padres habían muerto en un accidente de auto al que yo logré sobrevivir, cuando no era más que un niño, por lo que había crecido con mis abuelos. Me aferré a la esperanza de que ellos estuvieran bien, aunque muy en el

fondo sabía que no era verdad. Estoy seguro de que si el destino no me hubiera arrebatado a Lara tan pronto, hubiésemos envejecido juntos, amándonos hasta el final como lo habían hecho mis abuelos.

Capítulo 3

Capítulo 3

—Lara —pronuncio en un susurro su nombre y dejo que se lo lleve el viento. Quizás exista vida después de la muerte y ella sienta mi voz como una caricia.

La primera vez que la vi fue aquel fatídico día en el que todo comenzó. Le ofrecí un pañuelo de papel para que se pudiera limpiar la sangre que corría por su frente y ella lo aceptó con una dulce sonrisa. Aún no se habían apagado por completo las luces de la estación.

—¡Gracias! Yo soy Lara y ella es Kathya.

—Me llamo Lucas. ¿Cómo están? ¿Las lastimaron? —pregunté mirándola a ella y luego a la niña que calculé que tendría unos tres o cuatro años.

—Bien... o eso creo. Me caí al escapar de unos drones que nos disparaban. ¡Esto es una locura! ¿Qué clase de monstruo abre fuego contra una niña? —preguntó consternada.

—Es todo muy extraño —reconocí.

Fernando y Marina se unieron a nosotros algunos segundos después. Tampoco habían podido conseguir información sobre lo que sucedía.

Kathya se refugió en los brazos de su madre cuando un estallido seguido de un leve temblor hizo que las luces parpadearan.

—¡No puedo creer que vaya a morir en una estación de subte! —exclamó Marina.

Fernando la rodeó con los brazos e intentó tranquilizarla:

—Ninguno de nosotros va a morir hoy. Te lo prometo.

Ella escondió el rostro en su pecho. Todos deseábamos que sus palabras fueran ciertas.

Me senté junto a Lara y apoyé la espalda contra la pared. Fernando y Marina se acomodaron un momento después a mi lado.

Cuando se apagaron las luces el murmullo que se había mantenido constante desde la última explosión creció en intensidad. Algunas personas tomaron la decisión de abandonar el refugio. No sé qué habrá

sido de ellos, pero supongo que no sobrevivieron.

Marina encendió la pantalla de su teléfono para que no quedáramos sumidos en la total oscuridad y Lara sugirió que los demás apagáramos los nuestros para ahorrar batería.

—¿Alguno tiene algo de comer? No sé cuánto tiempo vamos a tener que estar en este lugar y es bueno saber con lo que contamos —preguntó Marina.

Lara llevaba una barra de cereal en la cartera. Eso era todo.

Una vez que mis ojos lograron acostumbrarse a la falta de luz, noté que Lara estaba temblando. Había bajado bastante la temperatura y estar quietos no ayudaba. Me acerqué a ella hasta que su brazo y el mío se juntaron. No dijo nada, pero tampoco se apartó.

—Estoy preocupada por mis padres. Espero que estén bien —dijo Marina con pesar.

—Yo también —agregó Fernando.

—Tengo miedo por lo que pudo haber pasado con mis abuelos —dije.

—A mí me preocupa todo el país. ¿Estaremos en guerra? —preguntó Lara con la voz quebrada.

Nos quedamos en silencio. Desde ese momento nuestras vidas se cubrieron de un manto de incertidumbre. Teníamos demasiadas dudas y muy pocas certezas, pero sobre todas las cosas estábamos asustados.

A pesar de que me sentía agotado tanto física como mentalmente, aquella noche me costó mucho conciliar el sueño. Sentía a Lara tiritando a mi lado y el ambiente estaba cargado de susurros, sollozos y movimientos. Escuchaba los bombardeos cada vez más lejanos, lo que solo podía significar que nuestro sector ya debía haber sido reducido a ruinas.

Me despertó Kathya balbuceando algo ininteligible para mí. Me froté los ojos que me escocían por el polvillo y lo primero que vi fue el bolso que Lara alumbraba con la linterna de su celular. Buscaba algo revolviendo en su interior.

—¿Tenés hambre, amor? —le preguntó a su hija con ternura y le dio una barra de cereal.

—Esperá, mirá si es la única comida que queda —advirtió Marina.

—Es una nena y tiene hambre. ¿En serio querés discutir eso? —pregunté incrédulo.

—Es verdad, perdón. Es que toda esta situación me pone nerviosa —se disculpó ella.

—No te preocupes. Vamos a estar bien —prometió Fernando.

Unos minutos después de que Kathya terminara de comer la barra de cereal, un estruendo me obligó a llevar la vista hacia la entrada. La repentina luz y el polvo que se alzaba como la bruma al amanecer me obligaron a entrecerrar los ojos. Sin pensarlo, me puse de pie y me posicioné delante de Lara y de Kathya. Fernando y Marina se pusieron a mi lado uniéndose a mi intento de hacerle frente a lo que fuera que había ingresado a nuestro refugio.

Capítulo 4

Capítulo 4

Noté que muchos se lanzaban a las vías y corrían hacia lo desconocido. Pensé en seguirlos, pero me obligué a permanecer allí. Necesitaba saber a qué nos enfrentábamos.

—¡No se asusten! ¡Venimos a ayudar! —gritó una mujer que acababa de bajar a la estación.

La acompañaban cinco personas más, todos llevaban uniformes blancos ceñidos al cuerpo e iban armados con ametralladoras.

—¡El gobierno cayó! ¡El país sufrió un ataque sin precedentes, pero PRISMA logró controlar la situación! —explicó uno de los recién llegados.

El Partido Revolucionario por la Igualdad y Soberanía Mundial de Argentina, mejor conocido como PRISMA era una organización política que había surgido después de la gran pandemia que azotó el mundo. Si bien, apenas tenían representación en el Congreso, durante los últimos años, habían ganado muchos adeptos por internet, especialmente entre los jóvenes. Yo nunca había tomado sus teorías conspirativas seriamente, pero me alegraba no tener que enfrentarme a esas personas armadas y estaba feliz de que vinieran a ayudarnos.

—¿Quién nos atacó? —preguntó un hombre con la voz áspera.

—Por lo que sabemos, fue la Coalición de las Tres Américas —contestó la que parecía ser la líder del grupo.

Pocas semanas atrás, los países miembros del territorio americano que formaban parte de la agrupación, habían pedido a la Argentina que cediera parte de su territorio cultivable para el bien común de la humanidad. Recordé vagamente, haber visto algo en televisión, pero el asunto parecía haberse solucionado a través de un acuerdo en el que el país proveería alimentos a quienes lo necesitaran, pero sin perder el dominio sobre sus tierras.

—¿Qué tan grande fue el ataque? —pregunté, intentando procesar la información.

—Fue un ataque simultáneo a todas las grandes capitales provinciales. Córdoba, Buenos Aires y Santa Fe, fueron las provincias que más víctimas reportaron. Aunque bombardearon y lanzaron misiles por todo el país. En las últimas horas se registraron miles de muertos y millones de desaparecidos —explicó la mujer vestida de blanco procurando que todos

la escucháramos.

—¡Junto a PRISMA, el país renacerá más fuerte que nunca de las cenizas como un fénix que se vuelve a levantar! —gritó uno de los hombres armados.

—¡Salve, PRISMA! —estallaron en vítores los miembros del partido y se sumaron a ellos algunos de los refugiados.

Nos guiaron hacia la salida de la estación y yo procuré en el camino mantenerme junto a Lara y a unos pocos pasos de Fernando y Marina. Para poder salir era necesario trepar y esquivar algunos escombros. Tuve que tomar en brazos a Kathya en ciertos tramos del trayecto para que Lara pudiera avanzar.

Aunque tenía una imagen desagradable en mi mente de cómo había quedado la ciudad, verla en ese estado por primera vez, me hizo estremecer. Ninguna construcción parecía haber evitado recibir daño y las ruinas, los escombros y el polvo se extendían más allá de lo que podía ver.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Lara en cuanto le di la mano para que pudiera subir el último tramo hacia el exterior.

—Esto no es obra de Dios, niña, y si es que él existe, parece que ya nos abandonó —dijo Marina observando lo que quedaba del mundo con las pupilas encogidas.

Distinguí media docena de taxis aéreos que se acercaban volando hacia nosotros. Me removí incómodo, porque no sabía si eran vehículos aliados o enemigos, pero me tranquilicé al ver a los miembros de PRISMA haciendo señales para que estacionaran.

Utilizar ese medio de transporte era un lujo del que yo había podido disponer pocas veces en mi vida. Las tarifas para acceder al servicio eran altísimas, por lo que la clase media solía contratarlos solo para ocasiones especiales como bodas, graduaciones o cumpleaños de quince.

—Los transportes los llevarán a alguno de nuestros campamentos de refugiados. Allí encontrarán un lugar cómodo para descansar y PRISMA los proveerá con agua y comida —dijo un miembro del partido y, poco a poco, organizó a los refugiados para que se ubicaran en cada uno de los vehículos—. ¡Suba al transporte dos! —le indicó a Fernando quien me miró en busca de ayuda.

—¡Nosotros cinco estamos juntos! —exclamé.

Marina tomó la mano de Fernando.

—¿Son familiares? —me preguntó el hombre.

—Sí —mentí.

En aquella pesadilla apocalíptica esas personas eran lo más cercano que tenía y me aterraba que nos separaran.

—¡Estoy solo! ¡Yo puedo tomar su lugar! —se ofreció el hombre de voz áspera que había hablado cuando los miembros de PRISMA nos encontraron.

—¡Ayuda! ¡Agua, por favor! —gritaba una mujer a la distancia.

—Hay alguien atrapado —advertí.

—¡Ya nos encargaremos de rescatar a todos los sobrevivientes que podamos! ¡Señor, aborde el segundo transporte y ustedes cuatro y la niña pueden subir al tercero! —indicó el hombre y obedecimos.

Fernando se acomodó en el asiento de adelante junto a la conductora y yo me senté en la parte de atrás en el medio de Marina y Lara que tenía a Kathya alzada.

—Nunca subí a una de estas cosas. ¿Es seguro volar en esto? —preguntó Fernando mientras se colocaba el cinturón de seguridad.

—Hay muy pocas posibilidades de que estos autos fallen. Aunque un misil podría hacernos estallar en cualquier momento —dijo Marina y sus palabras hicieron que Kathya se pusiera a llorar.

—No se preocupen. PRISMA ya puso en marcha el domo antimisiles y estos vehículos son muy seguros —explicó la conductora del taxi que iba vestida con el mismo uniforme blanco que los hombres de la estación.

Kathya dejó de llorar y señaló un objeto que colgaba del espejo retrovisor. Observé con atención que se trataba de un prisma de base triangular en cuyo interior flameaba la figura del ave fénix.

—¿Sos del partido? —le pregunté a la mujer.

Necesitaba distraerme y apartar la vista de lo poco que quedaba de la ciudad que me vio crecer.

—Sí. Me afilié a PRISMA hace dos años, más o menos. Estoy feliz de haberlo hecho. Fue el único partido capaz de anticiparse a los movimientos de la Coalición de las Tres Américas. Si no hubiéramos

actuado a tiempo, en este momento no quedaría ni una sola persona con vida en el país. El daño fue inmenso, pero podría haber sido mucho peor —explicó.

—¿Dónde está el refugio? —pregunté.

—Existen varios puntos en el que establecimos campamentos seguros. Los voy a llevar al que está en el predio de lo que solía ser Tecnópolis y que fue reacondicionado para funcionar como un centro de aislamiento durante la gran pandemia. Estarán muy cómodos allí.

Capítulo 5

Capítulo 5

A medida que nos alejábamos de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, las construcciones parecían haber recibido menos daño y algunos edificios todavía seguían en pie. Pensar en que quizás las personas que vivían en las afueras de la ciudad e incluso en el interior del país no hubieran sido dañadas, atenuaba parte del dolor que sentía.

El campamento consistía en cientos de containers blancos, colocados uno junto a otro, que se extendían a lo largo de las más de cincuenta hectáreas que calculé que debía tener el parque. En el centro del predio se alzaba una bandera con la figura de un fénix que volaba dentro de un prisma de base triangular.

—Pajarito —señaló Kathya.

—Es un fénix, linda. Él puede renacer de las cenizas, así como todos nosotros renaceremos más fuertes que nunca y todo se lo deberemos a PRISMA —explicó con ternura la conductora y comenzó a aminorar la altura y la velocidad del taxi.

—¿Quién lidera el partido? —la interrogué antes de que el vehículo se detuviera por completo.

—Ahora todos somos PRISMA y es un sistema igualitario, por lo que aunque cumplimos órdenes para que las cosas funcionen bien, no hay una figura que nos lidere. Somos una red y todos tenemos que cooperar con lo que podamos. ¿Entienden? —dijo la conductora.

—Claro —asentí, aunque no comprendía nada de lo que estaba ocurriendo.

Bajamos del vehículo y nos despedimos de la mujer que, casi con seguridad, debía seguir recogiendo a los sobrevivientes del ataque. Nos recibió un hombre alto con la cabeza afeitada y el característico traje de los miembros del partido.

—¡Bienvenidos! Mi nombre es Gustavo. Estoy seguro de que deben tener muchas preguntas, pero hoy es un día bastante complicado y estoy corriendo con el tiempo. Les mostraré cuál será su hogar. Allí encontrarán comida. Si quieren asearse o utilizar el baño, encontrarán los sanitarios en aquel sector —dijo con una simpatía que me resultaba perturbadora y señaló unas construcciones agrupadas que parecían iglús.

—¡Muchas gracias, enserio! —exclamó Fernando de parte de todos.

—Solo voy a necesitar que me digan cómo se llaman, o bien que me den los nombres que quieran usar en este nuevo comienzo. Renacimos de las cenizas por lo que pueden empezar sus nuevas vidas con el nombre que sea de su elección. ¿Cuál te gustaría elegir? —me preguntó Gustavo que tenía una sonrisa forzada en el rostro y había preparado una lapicera de pluma para anotar en su planilla.

—Lucas —dije sin dudarlo.

Una de las pocas cosas que podía conservar de mi vida anterior era mi nombre y no iba a renunciar a llevarlo. El hombre lo anotó y luego hizo lo mismo con los de mis compañeros que también le habían dado el verdadero.

—Sería conveniente que se dieran un baño antes de ingresar a su vivienda —agregó Gustavo y volvió a sonreír.

Quizás era su forma de intentar que los refugiados se sintieran bienvenidos, pero para mí resultaba inquietante que se esforzara en ser tan feliz cuando el país entero atravesaba por una tragedia como esa.

Seguimos a Gustavo esquivando grupos de personas vestidas de blanco hasta que llegamos a los iglús que estaban construidos de un material similar a la chapa.

—Les darán ropa limpia en la entrada ya que pudimos rescatar muchísimos equipos deportivos de lo que quedaba en pie de la empresa Textura Nívea y podrán dejar sus prendas para que se las laven. Caballeros, pasen por aquí y, damas, vayan por aquella puerta. Los pasaré a buscar en media hora —nos indicó Gustavo y se marchó.

—Si ven que algo no anda bien, griten e iremos a buscarlas —le advertí a Lara y ella asintió.

—Si salen antes, espérennos acá —pidió Marina.

—Lo mismo va para ustedes. Tengan cuidado. No me gusta para nada ese tal Gustavo. Parece un extraterrestre fingiendo ser humano. Es más, no me sorprendería que lo fuera —comentó Fernando.

Marina soltó una risa muy suave. Yo estaba demasiado embotado como para poder procesar las bromas.

Aunque no nos gustaba demasiado la idea, nos separamos. No teníamos ninguna otra opción. Me consolaba pensar que si esas personas tan extrañas nos quisieran muertos, podrían habernos disparado, en vez de

tomarse el trabajo de llevarnos hasta un refugio.

Seguí a Fernando a través de la puerta del iglú que nos habían asignado. Un hombre bajo y pelirrojo nos recibió en la entrada. El agua de dos regaderas enfrentadas estaba corriendo y el vapor invadía el pequeño baño. Detrás de ellas, distinguí dos cubículos en los que supuse que debían estar los retretes.

—Pueden dejar su ropa en este canasto y les buscaré algunas prendas limpias para cuando hayan terminado de bañarse. Recojan un toallón de aquella mesa —indicó.

—¡Gracias! —exclamó Fernando y comenzó a desnudarse sin pudor.

Yo siempre había sido una persona reservada y no me gustaba nada esa situación. Esperé a que Fernando se metiera en la ducha y cerrase la cortina detrás de él para comenzar a desnudarme. Sin embargo, fue un momento demasiado incómodo porque el pequeño hombre no me quitaba la vista de encima.

Arrojé mi ropa dentro del cesto y fui lo más rápido que pude hacia la ducha que me correspondía. Me metí debajo del agua caliente y dejé que la lluvia me lavara el rostro. Abrí la boca y bebí. Estaba muy sediento y la garganta me ardía cada vez que tragaba como si hubiera pasado la noche entera gritando en un recital. Sin embargo, la realidad era mucho más cruel, y el peso de la misma fue cayendo sobre mis hombros al mismo tiempo que el agua caía sobre mi espalda.

Apoyé mi mano sobre la pared y apreté los ojos con fuerza. Me sentía atrapado en una pesadilla de la que no podía despertar. Mi vida ya nunca sería como antes. Por primera vez era consciente de que lo más probable era que no volviera a ver a mis abuelos ni a las personas que había conocido. Los sueños que había tenido alguna vez, ahora me parecían efímeros.

No sé en qué momento rompí a llorar, pero dejé que el agua se llevara mis lágrimas y con ellas una pequeña parte del dolor que sentía. La última vez que había llorado, había sido cuando era niño, aunque no recuerdo muy bien la causa. Aquel día mi abuela me había cantado o más bien me había recitado un poema. En ese entonces, sentí su voz como un mantra capaz de llevarse mi dolor. Me pregunté, si ahora que ella posiblemente se había ido para siempre, yo sería capaz de volver a ser feliz.

Capítulo 6

Capítulo 6

—¡Ya estoy rechinante de limpio! —bromeó Fernando al otro lado de la cortina.

—Esperame en la entrada. Enseguida te alcanzo —prometí, intentando recuperar la compostura.

—¡Está bien! No tardes mucho. El pelado dijo que nos iban a dar comida y yo estoy muriéndome de hambre —advirtió.

Me obligué a calmarme. Por lo menos no estaba solo. Aunque apenas los conocía, ya consideraba a los miembros de ese pequeño grupo de supervivientes como mis amigos y confiaba en ellos. Sin embargo, los miembros de PRISMA, pese a su generosidad, me impedían bajar la guardia. Me resultaba muy extraño que en un tiempo tan corto se hubieran organizado tan bien, pero necesitaba creer que estaríamos a salvo.

Pocos minutos más tarde, salí de la ducha. Me sequé con uno de los toallones que había sobre una mesa y luego me envolví la cintura con él. Me dio cierta sensación de alivio que el hombre pequeño no estuviera. En su lugar, una pila de ropa blanca me esperaba. Era de un material térmico que se estiraba demasiado. Me vestí con el peculiar uniforme de PRISMA que se ceñía al cuerpo de forma poco favorable para quienes como yo no pasábamos el día entero en el gimnasio. Al abandonar el baño, encontré a mis amigos y a Gustavo esperándome.

—¡Perdón! No me di cuenta de lo mucho que tardé —me disculpé avergonzado.

—¡Bueno, no hay tiempo que perder! Los llevaré a su hogar en donde encontrarán algunos bocadillos. Les sugiero descansar y por la noche cenaremos todos juntos para discutir si pueden ser de utilidad a esta comunidad. Recuerden que si van a formar parte de PRISMA es necesario que brinden lo mejor de ustedes para que en esta oportunidad el mundo sea mejor que el de antes —dijo Gustavo con una calma inquietante.

Intercambié una mirada fugaz con Fernando que posiblemente estaba pensando como yo en qué pasaría con nosotros si no éramos útiles para el partido. Un partido al que yo siempre había considerado que estaba conformado por un montón de locos conspiranoicos, pero que ahora parecía ser lo único que nos quedaba.

Gustavo nos asignó el container número treinta y dos como nuestro hogar. La puerta no tenía cerradura y el interior consistía en un pequeño cubículo con dos literas, una mesa con una lámpara de gas encima y una única silla. Todo era de un triste color pálido, incluso las cinco botellas que nos habían dejado sobre la cama y los paquetes de lo que supuse que era alguna clase de tentempié.

—Les sugiero que permanezcan en su hogar y descansen antes de ir a cenar. Estamos en proceso de ordenar el refugio y sigue llegando gente, por lo que les ruego que no merodeen por el predio si no es absolutamente necesario. Pueden ir al baño si necesitan y encontrarán una canilla con agua potable para llenar sus botellas a cinco metros de aquí —dijo Gustavo y señaló hacia la derecha.

Le agradecimos al hombre que se despidió de nosotros sin dejar de mostrar sus dientes en ningún momento. Hizo una pequeña reverencia y se marchó.

—Bueno, ahora que se fue. ¿Qué piensan? —preguntó Fernando.

—¡No lo sé! ¡Todo esto es un completo desastre y odio esta ropa que me marca demasiado la panza! —se quejó Marina.

Alcé una ceja con incredulidad. La joven no tenía ni un gramo de más. Tenía un cuerpo perfecto como para bailar toda la noche y tomar sol durante el día.

—¿Estás loca? ¡Sos hermosa! —exclamó Fernando mirándola sin disimular ni un poco.

—Gracias —dijo ella con ternura y le regaló una sonrisa.

Yo no podía creer que estuvieran coqueteando en un momento como ese y comenzaba a perder la fe en la humanidad. Bueno, quizás ya la había perdido antes.

—No sé qué pensar. Me resulta extraño que justamente PRISMA haya podido repeler los ataques de la Coalición de las Tres Américas. No sé ustedes, pero para mí siempre fue como un chiste ese partido. Además, si la invasión está liderada por Estados Unidos y todos los demás países la apoyan, no creo que podamos ganar esta guerra —dijo Lara y luego comenzó a repartir los paquetes de comida que nos habían dejado.

—Yo pienso igual que ella. Aunque siempre estuvo presente en los discursos de PRISMA la idea de que existía un plan de control mundial. Puede ser que se hayan preparado para resistir ataques exteriores. El gobierno no pensó en que podían atacarnos de golpe y por eso no reaccionó a tiempo —dije y aunque solo eran especulaciones, todos me

escuchaban con atención y asentían con la cabeza.

—¿Y ahora qué? ¿Nos unimos al partido y nos enfrentamos al resto de la coalición? —preguntó Lara.

—Cuando PRISMA es la única opción, se vuelve nuestra mejor opción —dijo Fernando y fue el único en reír de su propio chiste.

—No me convence —insistió Lara.

—Fernando tiene razón. ¿Preferís irte con la nena? No sabemos si queda algo o si es seguro allá afuera —dijo Marina.

—¡Tampoco sabemos si estamos seguros en este lugar! —exclamó Lara.

—Al menos tenemos techo y comida. Yo creo que tenemos que quedarnos y ver qué pasa —sugirió Fernando.

—¡Ni loca me voy! Casi nos morimos ahí afuera —dijo Marina.

—¿Y vos? —me preguntó Lara.

Yo quería quedarme. Sin embargo, dije:

—Si pensás que no es seguro, me voy con vos.

Los tres mirábamos fijamente a Lara que parecía estar debatiéndose internamente sobre qué debería hacer. Contuve la respiración con nerviosismo hasta que habló:

—Está bien... Me quedo.

Exhalé aliviado y abrí el pequeño paquete blanco que me había alcanzado Lara hacía tan solo un momento. En su interior encontré unas galletas saladas que cuando las comí me dejaron la boca seca y arenosa.

—¡Están vacías! —dijo Fernando quien no había podido terminar de tragar su comida y sacudía una botella en el aire.

—¡Vamos a llenarlas! —le sugirió Marina y ambos salieron cargando las cinco botellas.

Kathya, sentada en el piso, había triturado su comida y estaba cubierta de migas, pero Lara parecía absorta en sus pensamientos.

—¿Qué es esto? —le pregunté a Kathya y realicé un mal truco de magia que había aprendido de mi abuelo en el que fingía quitarme el dedo

pulgar.

—¿Cómo lo hiciste? —me preguntó ella con una admiración que solo alguien de su corta edad podría demostrar.

—Un buen mago nunca revela sus trucos, pero como sos una niña genial puede ser que te lo enseñe. Eso sí, no podés contárselo a nadie más —advertí.

—¡Por favor! No le voy a mostrar a nadie cómo se hace —pidió la niña.

Fernando y Marina se demoraron más de lo que hubiera sido esperable para un trayecto tan corto, por lo que supuse que habían desobedecido a Gustavo y se habían ido a explorar. En el tiempo que tardaron ya le había enseñado a Kathya a fingir que se quitaba el pulgar y a sacar una galleta de la oreja de su madre. No era muy buena en eso, pero le ponía mucho entusiasmo.

—¿Quién quiere agua? —preguntó Fernando al entrar.

Lo siguió Marina que estaba algo sonrojada.

—¿Vieron algo extraño en el campamento? —interrogó Lara sacudiéndose las migas de su lacio y rubio cabello.

—No, solo un montón de containers como este —se apresuró a decir Fernando.

Marina desvió la vista y no dijo nada.

Capítulo 7

Capítulo 7

Al caer la noche, encendimos la lámpara de gas que nos habían dejado sobre la mesa. Hacía frío y el viento entraba por las grietas que tenía el contenedor al que se suponía que debíamos considerar nuestro nuevo hogar. Los cinco estábamos envueltos en mantas y sentados muy juntos en la cama de abajo de una de las literas, cuando escuchamos a través de un parlante ubicado en el exterior de nuestro container un llamado a todos los refugiados. Una voz masculina nos invitaba cordialmente a reunirnos cerca del mástil en el que flameaba la bandera de PRISMA en todo su esplendor y debajo de la cual habían colocado decenas de mesas formadas por largas tablas de madera sostenidas por caballetes.

Estaba muy hambriento, al igual que mis compañeros. El hecho de haber comido unas escasas galletas saladas y tomado grandes cantidades de agua tibia apenas había servido para aplacar un poco a la fiera que gruñía dentro de mi estómago.

Aunque todos llevábamos la misma ropa blanca demasiado ajustada, era sencillo distinguir a los miembros originales de PRISMA de quienes como nosotros, habían sido rescatados y ahora formaban parte del refugio. Los primeros siempre sonreían y se mostraban demasiado amables y optimistas, mientras que la mayoría de nosotros estábamos tristes, hambrientos, ojerosos y tiritando de frío o de miedo. Los refugiados lo habíamos perdido todo, salvo nuestras vidas que ahora dependían de la buena voluntad del partido.

—¡Muero de hambre! ¡Soy capaz de comerme lo que sea! —dijo en voz baja Fernando.

Creo que todos pensábamos como él y, aún así, la comida no se veía muy sabrosa. Consistía en una ración de arvejas y una pequeña porción de carne. Era imposible saber si se trataba de carne de vaca o de cerdo, aunque tampoco podría descartar que hubiera sido de pollo, si bien por el color no lo aparentaba.

A cada una de las mesas que contaban con aproximadamente veinte personas se les asignó un tarea diferente que iba desde buscar e incinerar cadáveres o diseñar armas, hasta recoger los huevos que ponían las gallinas. Por fortuna, la primera misión de mi grupo consistía en comenzar a cultivar verduras. Por algún tiempo nos mantuvimos alejados de los muertos.

—Una vez que terminen de comer, podrán volver a sus habitaciones —explicó Gustavo, a quien en mi mente comenzaba a identificar como el

señor de las sonrisas.

Una vez que los presentes terminaban de comer eran de manera cordial, pero al mismo tiempo de forma amenazante, invitados a retirarse. El ambiente era tenso y no se prestaba para que hubiera conversaciones espontáneas.

Aquella noche dormí poco y mal. No solo hacía frío, sino que las pesadillas con personas atrapadas entre los escombros y drones que intentaban matarme, se intercalaban con sueños en los que mis abuelos e incluso mis padres aún se encontraban con vida. No fui el único en tener una mala noche. Marina se despertó gritando en varias ocasiones.

Me sorprendió el amanecer intentando volver a conciliar el sueño. En algún momento de la noche Marina se había pasado a la litera de arriba y dormía con la cabeza apoyada en el pecho de Fernando que le acariciaba tiernamente su cabello castaño.

Bajé de la cama utilizando la mesa entre ambas literas como apoyo. Procuré no hacer ruido para no despertar a Lara ni a Kathya, pero las encontré al bajar, sentadas con la espalda en la pared. Jugaban silenciosamente con los envoltorios de las galletas, como si se tratara de una especie de muñecos.

—Buenos días —murmuré.

Kathya me saludó con la mano y su madre la imitó. Fui al baño y me encontré con el hombre de voz áspera al que había conocido en la estación. Me alegré de ver un rostro conocido y no dudé en saludarlo.

—Mi nombre es Lucas. Quería agradecerle por habernos dejado viajar en el mismo taxi —dije.

—Soy Carlos. No es necesario que me trates de usted. ¡Cuidá a tu familia, uno nunca sabe cuando va a ser la última vez que vea a sus seres queridos! —me aconsejó.

Se marchó sin que pudiera decirle nada más y dejándome un sabor amargo. Aquellas personas no eran mi familia, pero el hombre tenía razón en sus palabras. Aún me arrepentía de no haberme quedado a desayunar con mis abuelos. Quizás si lo hubiera hecho, en ese momento estaría muerto y enterrado bajo los escombros de la ciudad, pero la culpa me acompañaría por siempre.

Capítulo 8

Capítulo 8

Regresé al container y encontré a mis cuatro compañeros despiertos. Fernando y Marina estaban sentados en la parte de abajo de una de las literas y Lara y Kathya en la otra. Los saludé y me senté junto a la niña que me mostró cuánto había mejorado en el truco de fingir que se sacaba el dedo pulgar.

—¡Eso está muy bien! ¡Ya superaste a tu maestro! —dije y le sonreí.

Nunca había tenido hermanos o primos ni tampoco había tratado con niños tan pequeños, por lo que sentía que el éxito que estaba teniendo en mi relación con Kathya tendría que darme créditos con Lara. Por desgracia, ella apenas lo notaba. Estaba sumida en sus pensamientos y parecía triste. Yo también sufría, pero intentaba ocultar mis sentimientos por el bien del grupo, especialmente por el de la pequeña.

El trabajo en la huerta era duro y la comida era escasa, pero en parte, la rutina nos proporcionaba una cierta sensación de seguridad. Nos despertábamos por la mañana con el llamado del altavoz. Luego, desayunábamos una infusión que podía consistir en té o café acompañada de galletas saladas y cada uno de los grupos se dirigía a cumplir con la tarea del día que le hubieran asignado la noche anterior.

Los momentos para conversar durante el trabajo eran muy escasos, por lo menos en el sector en el que yo me encontraba. Después del almuerzo, que al igual que la cena consistía en algún tipo de verduras y una apelmazada hamburguesa de carne picada de dudosa procedencia, continuábamos enfocados en nuestras tareas ya fuera en los cultivos o en la limpieza del campamento. Al llegar la noche, nos dábamos un baño e íbamos a dormir. El trabajo era tan extenuante que agradecía casi no tener tiempo en la noche para las pesadillas y la melancolía.

La rutina de Kathya era diferente, ya que iba junto al resto de los niños del refugio a prepararse para el futuro. Grupos de diversas edades asistían a un container que era una suerte de escuela primaria y jardín de infantes. Allí eran educados por algunos de los más sonrientes de los miembros originales de PRISMA. Aunque, todos formábamos parte del partido desde el momento en el que habíamos aceptado su ayuda por primera vez, los refugiados éramos más reacios a enseñar los dientes de manera aterradora todo el tiempo.

Durante las primeras semanas en el campamento, Fernando y Marina se mostraban cada vez más cercanos y cariñosos. Lara, por el contrario, estaba cada vez más sumida en la depresión y en sus propios

pensamientos. Lloraba con facilidad y había momentos en los que prefería ignorar a todo el mundo, incluso a Kathya. Entonces, era cuando yo desplegaba los pocos dones naturales que tenía para tratar con niños. Quizás no hubiera ganado el premio al padre del año, pero la pequeña me había tomado cariño y yo la quería. No podía concebir mis días sin ella y sin su madre, que aunque no siempre tenía el mejor humor era una mujer lista, bondadosa y que podría cautivar a cualquiera con su belleza o, por lo menos, a mí.

—Si yo muriera, ¿cuidarías de Kathya? —me preguntó un día mientras los demás dormían.

Ella estaba de pie junto a nuestra litera. Tenía una mano apoyada sobre mi colchón demasiado fino. Abrí los ojos, los párpados me pesaban y una sensación de miedo me envolvió.

—Lo intentaría... —solo pude decir, aunque mi corazón gritaba que le dijera que si algo le pasaba, me moriría junto con ella.

Los días se sucedían de forma monótona, pero estaba agradecido de que pudiéramos estar en el campamento y por la labor que hacían los miembros más activos del partido. Ellos nos protegían de la amenaza que representaba la Coalición de las Tres Américas. Según decían las noticias oficiales que se transmitían por los altavoces dispersos a lo largo de todo el campamento, los demás países nos habían dado la espalda. Ni siquiera Rusia, China o la Unión Europea con quienes habíamos tenido una buena relación comercial en el pasado, habían respondido a nuestros llamados de auxilio.

Solo teníamos a PRISMA para protegernos y como todos formábamos parte de él, algunos de los refugiados eran invitados a alistarse en los cuerpos armados que se dirigían a las fronteras, lugar donde los enfrentamientos estaban más activos. Yo esperaba que jamás me llevaran a pelear ni a limpiar las ruinas que quedaban de lo que alguna vez había sido una de las ciudades más importantes de América Latina. No, prefería seguir cultivando, limpiando el refugio e incluso cocinando la insípida, pero nutritiva comida que nos mantenía vivos.

Capítulo 9

Capítulo 9

Cierto día, Marina y yo estábamos colocando el toldo que protegía las mesas de la lluvia y ella me comentó:

—Me cambiaré de sector.

—¿Por qué? ¿Está todo bien con Fernando? —pregunté, aunque Marina dentro de mi grupo de amigos era con la que menos hablaba, no me gustaba la idea de que se alejara de nosotros.

—Al contrario, estamos mejor que nunca. Hasta me propuso que me casara con él, una vez que todo esto termine, claro, y regresemos a la normalidad —explicó señalando un hilo blanco enrollado alrededor de su dedo anular.

—¡Me alegro por ustedes! ¡Felicidades! —exclamé con sinceridad.

—Solo me cambiaré de sector para poder trabajar en el área de telecomunicaciones y tecnología. Me gusta todo lo relacionado con electrónica y creo que podría ser de utilidad allí. Todavía no me explico por qué seguimos sin electricidad en las viviendas y sin más comunicación con el exterior que la radio que PRISMA transmite por los altavoces. Tenemos muchísima tecnología y, al mismo tiempo, parece que hubiéramos retrocedido doscientos años en el tiempo por la forma en la que vivimos —se quejó Marina.

Le hice una señal para que guardara silencio. Nos estábamos demorando demasiado en una tarea simple como poner un toldo y no me parecía prudente criticar al partido que tanto estaba haciendo por nosotros, en especial en un lugar tan expuesto como en el que estábamos. No nos convenía que alguien nos escuchara, porque podríamos tener serios problemas.

Una vez que Marina se cambió de sector, tenía que comer junto a su nuevo equipo de trabajo y ya solo la veía por las noches. Como todos estábamos demasiado cansados, teníamos muy poco tiempo como para conversar de cualquier cosa e, incluso, como para detenernos a pensar.

La guerra había, cuanto menos, diezmado a la población, pero los que quedábamos, nos esforzábamos al máximo para que la sociedad pudiera subsistir. Cada uno colaboraba desde lo que sabía o podía hacer y todos recibíamos lo mismo por el esfuerzo. Ninguno vivía demasiado cómodo, pero tampoco le faltaba nada a nadie. PRISMA se encargaba de que

estuviéramos bien.

Podría decirse que era feliz en aquella sociedad igualitaria y justa que había renacido de las cenizas para comenzar de nuevo. Contaba con mis amigos a quienes consideraba como parte de mi familia y disfrutaba ampliamente los pequeños momentos que teníamos para conversar. Especialmente disfrutaba cuando podía pasar tiempo con Lara ya fuera durante las comidas o cultivando verduras. También me gustaba jugar con Kathya y me había vuelto muy hábil para fabricar juguetes para ella con los escasos recursos que teníamos. Su objeto favorito era una muñeca de trapo que le había hecho con parte de mi almohada y algunas de las típicas prendas blancas de Textura Nívea.

Si bien, durante los primeros días que pasé en el campamento, llegaba cada vez más gente, ahora éramos muchos menos refugiados. No solo invitaban a algunas personas a unirse a los cuerpos armados que defendían el país de la Coalición de las Tres Américas, sino que también enviaban a los ciudadanos más problemáticos a refugios mejor preparados para contenerlos de forma segura.

La mayoría éramos pacíficos y colaboradores. Habíamos aprendido, poco a poco, a comportarnos de forma ordenada y sin perturbar la normalidad de la comunidad igualitaria de la que formábamos parte. Todos éramos PRISMA y, al mismo, tiempo el partido procuraba que estuviésemos bien.

Por desgracia, está en la naturaleza de algunas personas la incapacidad de conformarse con lo que tienen. Ese era el caso de mis amigos que en ciertas ocasiones parecían olvidar todo lo que el partido hacía por nosotros. No solo los miembros originales de PRISMA nos habían salvado la vida, sino que también se ocupaban de que a nadie le faltara nada que nosotros pudiéramos producir.

Yo entendía en parte el descontento de los que sufrían de alguna enfermedad que requiriera de alguna medicación específica, pero los agricultores ya nos habíamos entregado por completo a la tarea de cultivar todas las hierbas medicinales que nos fueran posibles. Si aquello no era suficiente para ellos, no era nuestra culpa y mucho menos la del partido al que le debíamos todo lo que teníamos.

También comprendía a aquellos que pensaban que sus seres queridos podrían estar aún con vida en alguno de los refugios de Buenos Aires o del resto del país. Sin embargo, era necesario que entendieran que no era prudente dejar que cualquiera utilizara las telecomunicaciones porque podríamos ser fácilmente rastreados por los países enemigos. Además, ya habíamos descubierto a varios espías infiltrados dentro del campamento que intentaban comunicarse con el exterior. Por suerte, los miembros más leales de PRISMA los habían detenido a tiempo y aunque las primeras

ejecuciones fueron difíciles de asimilar, me alegraba que los traidores no hubieran podido destruirnos.

De nuestro pequeño grupo, Lara había sido la que más dificultades tuvo para adaptarse a nuestra nueva vida. Después de cada fusilamiento, hacía su mejor esfuerzo por contener las lágrimas hasta que llegábamos a la seguridad de nuestro hogar. En esos momentos, yo la abrazaba con fuerza hasta que se calmaba.

Amaba sentir su calor sobre mi pecho, amaba a Lara aunque no me atrevía a confesarle mis sentimientos. Temía que perdiéramos el lazo especial que nos unía si ella no me quería de la misma forma en la que yo lo hacía. Me conformaba con tenerla así, entre mis brazos, aunque fuera solo en momentos tan tristes como esos.

Kathya ya casi había olvidado su antigua vida y apreciaba la nueva más de lo que ninguno de nosotros podría hacerlo jamás. Me hubiera gustado tener la misma facilidad que ella para dejar atrás mi pasado por completo y poder disfrutar de la vida en el refugio.

Seguía fervientemente los consejos y recomendaciones que daban por el altavoz e intentaba pensar que mis vivencias pasadas no habían sido más que un sueño. El presente era lo único que importaba y desde ahí era necesario partir para construir un futuro mejor y próspero para toda la comunidad.

Nunca pude decirle a Lara lo mucho que la amaba y estoy seguro de que si hubiera tenido más tiempo a su lado, lo hubiese hecho. Quisiera creer que ella también me amaba. Al menos, sé que por lo menos me veía como un buen padre para su hija. De lo contrario, no me hubiera preguntado aquel día si yo cuidaría de Kathya si algo llegaba a pasarle. Ella me había confiado la responsabilidad de mantener a salvo a la pequeña y espero no fallarle.

Capítulo 10

Capítulo 10

—¿Podemos hablar un momento? —me preguntó Fernando un día que coincidimos en las duchas.

—¡Claro!

—Marina preferiría dejarte al margen de esto, pero vos estuviste con nosotros desde el principio y no me parece justo.

Me dolió saber que Marina no confiaba en mí, pero intenté mantener una expresión de indiferencia en el rostro y lo animé a continuar:

—Hace casi un año que estamos juntos. ¿Alguna vez hice algo para perjudicarlos?

—No, es verdad. Bueno... ¿Viste que Marina desde hace algún tiempo está trabajando con el equipo que se encarga de las telecomunicaciones?

—Sí.

—Bueno, no sé cómo decirlo sin que parezca una completa locura, pero logró hablar con uno de sus hermanos, el que vive en Uruguay.

—¡Es una locura! ¿Le está dando información a un país enemigo? ¿En qué estaba pensando cuando lo contactó?

—No, no le dio información. Solo quería ver si estaba bien. ¡Es su hermano!

—Está bien, entiendo... ¡Aunque por su seguridad y la de todos, debería dejar de hacer estupideces! —dije conteniendo la rabia que sentía.

—Eso no es todo —advirtió Fernando.

Me llevé la mano a la frente y negué con la cabeza. No estaba seguro si quería tener más información como aquella. Con solo saberlo sentía que estaba traicionando a PRISMA.

—¿Qué más ocurrió? —pregunté, era evidente que Fernando necesitaba sacarse ese peso de encima hablando con alguien y, después de todo, yo era su mejor amigo.

—Bueno… Su hermano dijo que esperaba que la guerra civil que había en Argentina terminara pronto. Entonces, o bien el hermano de Marina miente o nunca estuvimos en guerra con la Coalición de las Tres Américas. Creo que simplemente PRISMA llevó a cabo el ataque para deshacerse de la oposición y quedarse con el control de lo que quedaba del país. Tal vez, ni siquiera tomaron todo el territorio... ¿Qué pasaría si estuvieran concentrados solo en Buenos Aires?

Las palabras de Fernando habían sido como un balde de agua fría y me costaba asimilar la magnitud de lo que estaba sucediendo.

—Esto es muy fuerte… Necesito estar solo... Perdón —dije y salí del baño a toda prisa.

Comencé a arrancar la maleza que mataba a mis cultivos con demasiada ira. Si bien, tenía una pala especial para hacer ese trabajo, prefería dejarla colgada del cinturón de herramientas que llevaba en la cintura y desenterrar las plantas con mis propias manos. Mientras trabajaba, intentaba borrar de mi mente las palabras de mi amigo, pero aquello era imposible.

—¿Qué pasa? —me preguntó Lara en más de una ocasión, pero la ignoré.

No quería cargarla con un peso como el que llevaba sobre los hombros. Me sentía engañado. Había confiado en esas personas ciegamente durante todo ese tiempo, mientras que ellos me habían estado mintiendo. Me costaba demasiado asimilar que dos de mis mejores amigos eran unos traidores. Seguramente estaban vendiendo información a nuestros enemigos uruguayos, a cambio de uno vaya a saber qué, y eso no era lo único. No, buscaban envolverme con sus mentiras para que yo también me convirtiera en un traidor a la patria, en un enemigo del partido.

No estoy orgulloso de lo que hice en ese momento, pero sentí que no tenía otra opción. Al menos no, si no quería caer junto a los traidores. Además, la seguridad de Lara y de Kathya también estaba siendo amenazada. Quizás si no hubiera sentido todo el amor que les tenía a ellas, hubiera buscado la forma de hacer recapacitar a mis amigos, pero no podía arriesgar la vida de la mujer que amaba y la de su hija. Entregar los nombres de Fernando y Marina al sector de defensa fue lo más

doloroso que había tenido que hacer hasta ese momento.

Aparté la vista mientras los arrastraban, amarrados como si no fueran más que animales. El vacío que sentí dentro de mi pecho cuando les dispararon aquel día frente al mástil, fue muchísimo peor al que experimenté después de la muerte de mis padres e incluso cuando acepté que posiblemente ya no volvería a ver a mis abuelos. Comenzaba a pensar que había nacido con una especie de maldición y que estaba destinado a perder a todas las personas que había querido. Intenté convencerme de que no había sido mi culpa. Solo había hecho lo que creía necesario para sobrevivir y para proteger así a quienes amaba.

No estaba permitido enterrar a los traidores dentro del predio en el que vivíamos, por lo que seguramente Fernando y Marina serían incinerados como la mayoría de los muertos que seguían encontrando bajo los escombros. Como habíamos llegado juntos y se suponía que éramos familia, nos dieron a Lara y a mí el resto del día libre. Hubiera preferido trabajar para no pensar, pero decidí acatar las órdenes.

—¡No puedo creer que estén muertos! —dijo Lara una vez que estuvimos solos en nuestro hogar.

Kathya no había sido avisada aún y seguía en la escuela. A los niños no los obligaban a ver las ejecuciones hasta que por lo menos tuvieran diez años y pudiesen comprender bien por qué era necesario llevarlas a cabo.

—Nos van a hacer mucha falta —reconocí y rodeé a Lara con mis brazos.

Ella rompió a llorar y mis ojos también se llenaron de lágrimas. Sin decir nada nos recostamos juntos y abrazados en la cama de Lara. Ella se acomodó en mi pecho y yo acaricié su cabello de la misma forma que lo había visto acariciar tantas veces a Fernando a la mujer que amaba. Me consolaba pensar que se habían ido juntos, en compañía del amor que se tenían. Lo mismo había sucedido con mis padres y posiblemente con mis abuelos. Si la vida hubiera sido justa yo habría partido junto a Lara, pero sin dudas, no lo era.

—Lucas, no sé cómo, pero tenemos que irnos de este lugar —dijo ella entre llantos.

—¿Qué decís? Acá estamos seguros. Es nuestro hogar. No hay nada más afuera de este predio —expliqué.

Ella recorrió mi brazo tiernamente con la yema de su dedo índice. Me encantaba estar así con ella.

—Este no es el único lugar del mundo. Nos están tratando de lavar la cabeza para que pensemos que PRISMA es la solución a todo, cuando en

realidad es el único problema —dijo, sin dudas estaba muy confundida.

—Hay otros campamentos como este, pero estaremos bien. Vamos a superar juntos todo esto. Si querés hoy mismo les pido que se lleven la litera de… —sugerí, sin ser capaz de pronunciar sus nombres.

—No entendés. La guerra fue una farsa para que el partido tomara el control de la ciudad. No estamos en guerra, nunca lo estuvimos. Marina habló con su hermano… Podemos irnos juntos a Uruguay. Ahí vamos a estar seguros —prometió y se incorporó apenas para mirarme.

Lara había dejado de llorar y los pensamientos se arremolinaban en mi mente a una velocidad vertiginosa. Por el altavoz nos habían explicado que había que tener cuidado con la traición porque era capaz de extenderse con demasiada facilidad como un virus. No tenía el valor para denunciar a Lara. Ella era el amor de mi vida y tenía una hija pequeña. Me pregunté cómo podría criar a Kathya sin su madre. Estaba seguro de que sería algo muy difícil. No, tenía que haber otra opción. Necesitaba lograr que entrara en razón.

—Te mintieron, Lara. Es una trampa. Quieren que lleguemos a Uruguay para torturarnos y conseguir información sobre PRISMA —dije y coloqué mi mano en su mejilla.

—¡Es el partido el que miente! ¿De verdad pensás que nosotros podríamos haber sobrevivido todo este tiempo si realmente la Coalición de las Tres Américas nos quisiera destruir? ¡No tenemos tanto poder! Simplemente no tomaron parte de este conflicto interno porque les cedimos gran parte del territorio nacional. PRISMA nos mintió a todos y nos está utilizando. ¡No sos más que un títere de prisma!

—¡Mentira! ¡PRISMA es la única solución! ¡Todos somos PRISMA! —grité y giré para quedar sobre ella.

Intentó defenderse, pero sostuve sus brazos contra la cama por encima de su cabeza.

—¡Ayuda! —comenzó a gritar forcejeando para liberarse.

—¡No grites! —exclamé y llevé una de mis manos a su boca.

Si llamaba a los miembros más leales del partido, seguramente ejecutarían a Lara sin perder tiempo, de la misma forma que habían hecho con Fernando y Marina. Entonces, Kathya no solo se quedaría huérfana, sino que crecería sabiendo que su madre era una traidora. No podía quitarle a la pequeña la posibilidad de por lo menos visitar la tumba de

Lara.

En ese momento supe exactamente lo que debía hacer. Tomé la pala que solía usar para quitar la maleza y la sostuve durante algunos instantes suspendida sobre el pecho de Lara que seguía intentando liberarse.

—Será rápido y te prometo que voy a cuidar a Kathya como me pediste. No dejaré que nada le pase —dije sintiendo como las lágrimas empapaban mis mejillas.

Fue un golpe fuerte y profundo que atravesó el pecho de Lara, quien apenas tuvo algunas convulsiones antes de dejar de moverse para siempre. Salí de encima de ella temblando y le acomodé las manos para que pareciese que ella sostenía la pala. Cerré sus ojos para que se viera como si estuviera durmiendo y después de asegurarme que ya no respiraba, fui a buscar ayuda.

Le repetí tantas veces a la gente que Lara no había podido soportar la muerte de nuestros mejores amigos por lo que se había suicidado, que casi empecé a creer que era verdad. Como nadie sabía que era una traidora me permitieron enterrarla dentro del predio. Le hice una tumba con un pedazo de madera que alguien había encontrado y grabé su nombre en él.

Sabía que era terrible lo que había hecho, pero no podía soportar la idea de que por mi culpa, todo el mundo la recordase como una traidora. Kathya era demasiado pequeña aún como para poder entender lo que había ocurrido, por lo que ni siquiera a ella le dije la verdad.

Me encargaría de que la niña estuviera a salvo. Ahora, yo era lo único que tenía y yo tampoco contaba con nadie más. Le había prometido a Lara que cuidaría de su hija si algo llegaba a ocurrirle. Sé que así ella lo hubiera querido.

—¡Kathya! —la llamo desde la tumba de su madre.

—¿Ya saludaste a mamá de mi parte? —me pregunta.

—Lo hice. ¿Sabés qué es esto? —le pregunto mostrándole las hojas que tengo en la mano.

—¿Qué es?

—Es mi historia... y la de tu madre. Cuando termine de escribirla la voy a esconder en esta grieta en la madera de la tumba y si alguna vez ya no estoy para vos, quiero que vengas a buscar estas hojas. ¿Entendiste?

Kathya asiente con la cabeza y me pregunta:

—¿Por qué no me contás todo ahora?

—Porque no podría soportar que me odiaras.

—¡Yo nunca te voy a odiar! ¡Te quiero mucho, papi! —dice ella y me abraza.

—Yo te quiero más —digo correspondiendo al abrazo.

Me encanta cuando me llama así. Aunque ningún lazo de sangre me une a ella, la quiero y la cuido como si fuera mi propia hija. Sé perfectamente que sería capaz de hacer cualquier cosa por su bien y por el del partido que nos mantiene unidos.